

**C**UAL es la causa que ha llevado al mundo desde una época en que dominaron en Economía y en Política las tendencias liberales, a otra en que se camina en dirección inversa? Un proceso que ha llegado en algunos países a cristalizar en regímenes especiales y ofrece, en los demás, estados latentes muy acusados que trascienden esporádicamente a la política práctica, tiene que obedecer a un motivo muy profundo del mundo moderno, a una experiencia vibrante en las conciencias actuales, aunque no todas se allanen a admitir igualmente sus naturales consecuencias. Ese motivo y esa experiencia no es otra, evidentemente, que el fracaso de los postulados fundamentales del liberalismo, que se han manifestado en franca oposición con los efectos del régimen económico.

Era uno de esos postulados la igualdad, y la acción del régimen económico ha sido producir la desigualdad. Se pensaba que, cuanto más libremente se dejara obrar al individuo en los negocios económicos, se engendraría mayor prosperidad y mejor aprovechamiento de los re-

curso una condonación definitiva de la libertad económica?

Yo no lo creo. Un régimen de libertad económica que, sin coacción y por reacciones espontáneas determinase la máxima utilidad práctica, representaría en Economía lo que en la técnica los sistemas de regulación automática, que son el ideal del constructor de mecanismos, o lo que en Psicología las reacciones útiles que la costumbre mecaniza y sustrae a la reflexión, y que constituyen el ideal del educador. Un sistema de economía libre y al mismo tiempo eficaz es el equivalente del automatismo, que ahorra tiempo y esfuerzo mental.

Pero hemos de convenir todos, cualquiera que sea nuestra personal ideología, si somos hombres honrados e imparciales, que el viejo liberalismo capitalista ha fracasado en cuanto a eficacia práctica para llevar a cabo una regulación aceptable del mecanismo de distribución y cambio.

Admitido esto, se plantea un dilema ineludible: o la organización social se modifica, si ello es posible, de modo que permita el funcionamiento de un régimen de libertad económica, realizando lo que se esperaba que realizara y no ha realizado el liberalismo capitalista, o hay que corregir, mediante una intervención deliberada en los asuntos económicos, los desequilibrios más acusados que determina la actual estructura de la economía y que nos abocan a crisis y hecatombes periódicas de orden interior y exterior.

La primera solución es la que yo he creído y creo que se impondrá algún día como solución definitiva.

Los economistas que nos hemos formado en el estudio de los clásicos, difícilmente nos acomodamos a la fatalidad de un sistema permanente de ortopedia económica; nos cuesta tener que renunciar a la fe en una armonía del Mundo, que haga posible alguna vez en el organismo social, que es al cabo una manifestación de la vida, ese mismo funcionamiento espontáneo que hace del organismo vivo una maravilla de la Creación. Si esa armonía no se observa hoy en lo social, es por nuestros errores y no por los del orden establecido por el Creador.

La doctrina liberal nació ideológicamente de la creencia en un orden natural. La existencia de ese orden y de sus leyes resplandece constantemente en las obras de los clásicos, especialmente en las de los Fisiócratas, saturados de cultura humanística. Ahora bien, sin leyes naturales, sin leyes independientes de la voluntad del hombre, no hay ciencia posible (1). Se comprende la normal inclinación del cientista económico hacia una ecnontia basada en el juego espontáneo de los factores mismos que la integran, en la libre acción de la voluntad del hombre, que es el elemento activo, el agente de los fenómenos económicos.

Pero no es lo mismo que existan leyes naturales que el que las conozcamos y reconozcamos. Y aun no basta eso; es menester que aprendamos a aplicarlas en beneficio de los fines humanos. No es lo mismo conocer las leyes del calor, que saber utilizar el calor en la producción de fuerza motriz. El siglo XVIII tuvo la intuición de la existencia de un orden social natural, y antes de conocer las leyes de ese orden, el siglo XIX quiso apli-

(1) Claro que en Economía se trata de fenómenos regidos por la voluntad del hombre, por la voluntad individual de todos y cada uno de los hombres, lo cual no impide que existan fenómenos colectivos independientes de la voluntad de cualquiera de sus individuos específicamente y que obedezcan a normas regulares, no obstante el libre albedrío individual. El problema lo he tratado en un artículo de «El Español» (Voluntad y Ciencia económica), 30 octubre y 12

# EL OCASO DE UNA EPOCA

FONDO DOCUMENTAL

*Juan Zúñiga*

Por GERMAN BERNACER

curso disponibles, y se han experimentado las más absurdas crisis, en que, a la superabundancia de los productos y al aumento de la capacidad de producción, se ligaban el paro y la miseria. La libertad no engendraba el orden y la igualdad; la desigualdad y el desorden eran más bien su secuela, y de ellos resultaba la hostilidad que nace del malestar y de la pugna de intereses, en vez de la fraternidad presunta.

El enorme progreso mecánico, que desde mediados del siglo pasado ha marchado en progresión acelerada, sólo sirvió para acusar más los males del régimen económico y hacer más visible su impotencia para realizar la dicha de la Humanidad.

Aunque los efectos de esa vieja antinomia no se hayan hecho patentes hasta después de la Gran Guerra, para todo el que examinara atentamente los hechos, aun antes de su comienzo, eran perceptibles las adversas consecuencias que iba a traer en todos los órdenes sociales. De ello podría ofrecer testimonios propios.

Ciertamente que en 1914 no habían surgido todavía ni el comunismo ni el fascismo, mas eran tangibles las causas que iban a engendrarlos. De la crítica del capitalismo habían salido ya el socialismo y el sindicalismo revolucionarios con sus varias tendencias. Desgraciadamente, estas reacciones se producían en general del lado de allá de la barricada; fuera del social-cristianismo y de algún caso aislado, faltaban las voces que, en nombre del orden y de la paz social, acusaran el peligro, y no se atendieron las pocas que hubo. Sus trenos fatídicos no se escuchaban; quizás se reputaban desahogos retóricos sin fundamento o arengas proselitistas. Claro está ahora que no faltaba razón para las admoniciones de los aungures. Hubo ceguera para comprenderlas y torpeza para conjurar los feros males que anunciaban y que no han dejado de caer sobre nosotros.

lo a las relaciones humanas; quiso hacer volar los pá-  
os antes de que les nacieran las alas, con el resultado  
que se han estrellado contra el suelo. Se cayó en una  
pía, y ahora estamos asistiendo a una de las fases  
s críticas de su fracaso.

Muchos espíritus se aferran todavía a la resurrección  
viejo régimen, creyendo que son causas accidentales  
que impiden al presente el buen funcionamiento de  
sistema que juzgan fundamentalmente bueno y que  
funcionó bien en los tiempos pasados. Pero esto no es  
rto; funcionó mal siempre, sólo que sus defectos se  
ido acusando cada vez más fuertemente con el pro-  
eso. Esos defectos no nacieron de la Gran Guerra y del  
evo orden establecido por ella; al contrario, aquella  
erra, como ésta, fué uno de sus efectos.

De ella no saldrá la solución del dilema que antes plan-  
bamos. Tan ingente calamidad sólo puede avivar el an-  
o de buscar la buena solución que nos evite caer de  
vo en una guerra más terrible, como hemos caído en  
pocos años después de haber salido bien descalabra-  
de la pasada. La solución tiene que salir del recono-  
miento de la solución racional, basada en el conocimiento  
las verdaderas leyes que rigen la economía social. Para  
reconocimiento son un obstáculo los fanatismos socia-  
de cualquier clase que sean, los dogmatismos aprio-  
ticos, que a veces son útiles en política para galvani-  
las voluntades por medio de mitos. Pero la labor cien-  
ca se ha de cumplir independientemente de tales mitos  
ogmas. La creencia en un orden natural no debe llevar-  
e a fontas y a locas a un régimen basado en él, como se  
so hacer en el pasado siglo; ni la experiencia de ese  
caso, a dogmatizar sobre su imposibilidad, como se  
ade a hacer actualmente.

Para el hombre siempre serán más importantes los fines  
e los medios, y hasta ahora, lo más claro que hay son  
fines que perseguimos: fines de justicia distributiva  
de eficacia. Creo que los medios mejores serán en defi-  
niva los acordes y armónicos con el mayor bien del  
mbre, que buscamos, mas no pueden imponerse a prio-  
riamente necesitamos inquirirlos, saber las condi-  
nes de su aplicación eficaz, y sólo cuando estemos en  
esión de ellos, podremos realizar los ideales que nos  
entan a buscarlos. Antes no son realizables, y ante el  
caso de su utopismo, el hombre se verá obligado a rec-  
car cuantas veces intente ponerlos en práctica; no po-  
nos volar antes de que nos crezcan las alas.

Para que los principios de la libertad sean compatibles  
un régimen económico, es menester que éste determi-  
espontáneamente una distribución equitativa de los  
nes, que no tenga por resultado acumular en pocas  
nos los recursos económicos. No que produzca la igual-  
en un sentido material e inflexible; cierta desigualdad  
á siempre necesaria para mantener el estímulo del que  
e el progreso social. Mas esa desigualdad ha de pro-  
ir únicamente de la eficacia, de la posesión de las  
iores virtudes sociales, de todo lo que pueda promover  
or el bienestar de todos, sin exceder aquellos límites  
que esa desigualdad llegue a constituir un flagrante  
njusto privilegio, por el cual el dinero se convierte  
tiránico poder y el trabajo—fuente original de la pro-  
ción, patrimonio a cuyas expensas hemos de vivir to-  
en último resultado—quede a merced de esas mareas

de desocupación que lo desvalorizan y sumen en la m-  
ria. No han de ser posibles esas anomalías patentes  
que la Humanidad padezca a la vez por sobra de cosa  
por hambre de ellas.

Y esto es lo que no ha logrado realizar el régimen  
pitalista.

\* \* \*

Mientras no se dé la demostración de que el equilib-  
social es compatible con la libertad económica, será  
intervencionismo, querámoslo o no, lo que perdure.

Si ni en los momentos de mayor euforia liberal  
apareció por completo la intervención del poder pú-  
co en los negocios económicos, es porque nunca dejó  
palparse la necesidad de defensa contra las aberracio-  
de un sistema económico que no realizaba ni mucho  
nos los ideales que habían fundado en él los optimis-  
económicos de comienzos del siglo XIX.

Y no se nos hable de democracia, porque es la acc-  
de las masas populares la que está imponiendo preci-  
mente la actividad del proceso intervencionista. No  
para halagar a las clases altas para lo que los paí-  
en guerra se apresuran a anunciar para la postgue-  
planes intervencionistas en beneficio de las clases mo-  
tas y que no han de redundar, según he procurado ha-  
ver en un artículo anterior, en el sentido de la liberac-  
de la economía ni de la política.

Lo que sucede es que la guerra, por muy mecaniza-  
que esté, se hace con hombres, a los cuales hay que  
un aliciente para combatir. No se combate sólo por g-  
to de sufrir y morir; hay la Patria, sí, pero la Pat-  
necesita mostrarse paternal para ser digna de su no-  
bre. A esos hombres hay que darles promesas, en ta-  
no se les puedan dar realidades, promesas que no pue-  
ser totalmente engañosas. De ahí los proyectos que  
ahora no pue-  
en tener más que un valor psicológico.

Por eso, el resultado de esta guerra, como el de to-  
las grandes guerras, cualquiera que sea su resultado, s-  
aumentar la influencia social de las masas. Los ven-  
dores procurarán rivalizar con los vencidos en venta-  
para quienes lucharon por la victoria, una victoria  
no basta para asegurar el triunfo en la paz si no se an-  
bata a los vencidos todo timbre que pueda engrandec-  
los a los ojos de una masa que sufre, desea y pugna  
mejorar, y cuyo peso es cada día mayor en la balan-  
política.

Esto explica el efecto catalizador o acelerador de  
guerras sobre los grandes procesos históricos. En el  
glo pasado se movieron los pueblos bajo el mito de  
igualdad y la libertad, pero los viejos tópicos ya no s-  
ten efecto, y ahora los hombres se mueven bajo el e-  
mulo de fines más materiales. La experiencia de aq-  
fracaso ideológico ha traído por reacción una mater-  
lización de los espíritus. Las masas han venido a cr-  
que comer y gozar de la vida es lo más importante, y  
su comunión con otros fines más idealistas provocó  
la época pasada la aceleración del proceso liberalizan-  
en la actual su mentalidad nueva está trayendo la catál-  
del proceso intervencionista. Al porvenir queda el o-  
rar la síntesis de lo material y lo ideal, en que debe l-  
llarse la verdad si, como cree el instinto popular, en  
término medio está la virtud.